

realmente se encuentra el cielo, aunque no se trate más que del cielo raso que cubre los objetos y las situaciones cotidianas como una plácida oración que se susurra al oído de la persona amada. Porque de amor se habla también, creo yo, en este libro, y de la memoria de los muertos y de la heredad de los vivos, y de la melancolía del lenguaje y del resplandor de lo perdido, entre una piedra y una nube, en ese lugar sagrado en el que todos los caminos convergen.

Una mano, la que escribe, puede salvar al mundo, es decir, puede transportarnos al cielo de las cosas, ese que intenta camuflarse ante nuestros ojos vistiendo los ropajes de las miserias más cotidianas. Por eso la mano que escribe es también la luz en medio de la ceguera, la lámpara que alumbra el cuarto y la casa y que tiembla como el hombre que la sostiene.

Al final del ascenso, la verdadera revelación del descenso, de la inmersión en el fondo (o en el cielo) de las cosas. Doce sillas vacías aguardan al viajero en la fortaleza. El sentido de comunión en la luz, en la poesía, me parece aquí latente. Por eso se dice en el último poema que el personaje «ya ha encontrado la forma de hablarles». Ese es el lugar donde todas las cosas convergen, donde se puede tocar el cielo sin levantar los pies del suelo, tal vez sin levantar las manos de la mesa. Las cosas emiten un murmullo secreto, la lenta oración de la pesada máquina del mundo, que viaja en *El cielo de las cosas*, también, del singular inicial del personaje al sentimiento plural de su fin. Del yo o él a nosotros.

Los poemas de Basilio Sánchez se alzan, en suma, como una revelación que nos eleva por encima de la vida cotidiana, es decir, que nos ayuda, únicamente, a intentar comprenderla. Los versos (sí, en prosa) viajan, ascienden también a través de la oscuridad buscando una luz donde asirse, que encuentran la mayor parte de las veces en una palabra incendiada como una especie de zarza que arde como el tiempo en nuestras manos.

Termino. Los poemas de *El cielo de las cosas* se hacen depuradamente intimistas hasta marcar nuestra piel, se abren paso, balbuceantes y meditativos, entre los objetos, las personas y los sentimientos que construyen el mundo que nos toca vivir. Ese en el que, casi siempre, es necesario poder subir hasta rozar el cielo para alcanzar a saborear el verdadero placer de las cosas elementales, las que nacen cerca de la tierra. De esa tierra que es también, al final, el mismo cielo de las cosas.

Antonio Sáez Delgado

JESÚS SÁNCHEZ ADALID  
*El Mozárabe*  
Barcelona, Ediciones B, 2001

Jesús Sánchez Adalid irrumpió en el panorama literario con la novela *La fuente del Atenor: La luz del Oriente*, que quedase finalista en el premio Felipe Trigo 1998 y fue publicada el año pasado por Ediciones B, de Cataluña. La obra se enmarca en el siglo III de la era cristiana y tiene como

protagonista a Félix, un joven lusitano que se educa en Emérita y, para hallar soluciones a sus inquietudes filosóficas, recorre buena parte de aquel Imperio, cuya corrupción y consecuente decadencia percibe.

Mayor éxito está logrando con *El Mozárabe*, otra novela histórica, que en pocos meses ha sido reeditada, logrando una gran acogida entre los lectores, pese a sus casi setecientas páginas.

Jesús Sánchez es natural de Don Benito (1962), aunque pasó su infancia y juventud en Villanueva de la Serena, donde reside su familia. Allí tuvo la suerte de contarle entre mis alumnos de BUP y COU. Aún recuerdo la seriedad y el rigor de aquel adolescente, cuyos interés por las cuestiones trascendentales no se ocultaba. Licenciado en derecho por la Universidad de Extremadura, ejerció como juez antes de volverse a los estudios, cursando filosofía y teología. Ordenado después de sacerdote católico, actualmente labora para recibirse como Doctor en Derecho Canónico por la Universidad de Salamanca. Cuenta, pues, con un bagaje intelectual sólido para enfrentarse a un texto como éste, en el que los datos históricos se combinan con las grandes cuestiones ideológicas de la época (siglo X).

*El Mozárabe* cuenta con dos extraordinarios protagonistas, símbolos de las culturas florecientes en la Córdoba del novecientos, la musulmana y la cristiana. Constituyen el soporte narrativo de la obra. Ambos coinciden en los primeros años de for-

mación, dentro de las respectivas comunidades (la judía se apunta, sin mayor desarrollo), para volver a encontrarse al término de sus vidas, que habrán discurrido con enorme intensidad. Asbag obtiene el episcopado cordobés, luego se educa como políglota, bibliófilo, diplomático y copista excelso. Avatares innúmeros lo conducen por todos los rincones de Europa, desde los fiordos vikingos hasta Constantinopla. Esto permite al novelista introducimos en cortes semisalvajes, monasterios teutones, franceses e italianos, los recovecos bizantinos y romanos..., para culminar sobre el sepulcro del Apóstol Shant Yacub. Hasta la basílica gallega conduce irresistibles y devastadoras huestes su amigo de juventud, Abuámir, que bajo el nombre de Almansur había llegado a ser el *malik karim* de la España islámica. La narración de su fulgurante carrera nos introduce en los secretos del califato cordobés, desde los hogares más humildes a las interioridades del harén real. Esta segunda trama de la obra es a mi modo de ver la mejor conseguida —la otra nos parece excesivamente forzada— y el autor demuestra haberse documentado concienzudamente para no incurrir en inverosimilitudes a la hora de fantasear sobre acontecimientos o personajes. Entre éstos hay que señalar también varios tan conseguidos como los eunucos imperiales Chawdar y al-Nizami, la princesa Shub, el presbítero Recemundo o el califa Alhaquen, modelo de sabiduría y tolerancia con las otras religiones.

Sánchez Adalid es más un recreador de ambientes y prototipos, un con-

tador de historias, que un estilista. Pero lo primero lo hace con una maestría impropia de un autor casi novel. Digamos que se sitúa en la escuela de A. Pérez Reverte, por nombrar al novelista con más éxito entre los cultivadores de dicho enfoque. Sin duda, lo más literario de *El Mozárabe* son los bellísimos versos de la poesía árabe, que el autor reproduce tomándolos especialmente de Mutanabbi o Ibn Marwan.

La novela constituye una buena clase de historia bajomedieval, cuando la civilización andalusí brillaba muy por encima de todos los reinos cristianos occidentales.

Manuel Pellecín Lancharro

JOHN P. GABRIELE

*Manuel Martínez Mediero: deslindes de un teatro de urgencia social*  
Madrid, Editorial Fundamentos, 2000

Martínez Mediero es un dramaturgo afortunado, cosa que nos alegra profundamente. Tras ver publicadas sus *Obras Completas* (Madrid, Editorial Fundamentos, 8 volúmenes, 1999-2000. Prólogo de José Monleón) —el único de su generación que ha alcanzado tal logro—, cuenta ahora con un estudio riguroso del más de medio centenar de títulos que conforman dicha producción teatral. Lo ha compuesto John P. Gabriele, profesor de literatura española en el norteamericano College of Wooster. Buen amigo de España y del escritor pacense, se ha ocupado ya de Mediero en numerosas ocasiones, por lo que no cabe dudar de que lo conoce

a la perfección. El apéndice bibliográfico incluido al final de esta obra recoge hasta una decena de trabajos anteriores sobre nuestro comediógrafo suscritos por Gabriele.

El objetivo que se propone aquí es «señalar las constantes estéticas e ideológicas que informan la dramaturgia "martínezmedierana" para presentar una visión sintetizadora de un teatro que nos urge cuestionar (...), elaborar una vista panorámica de su producción teatral plasmando las coordenadas teóricas y temáticas de ésta y dando a conocer los índices de su evolución». Leído el extenso estudio del hispanista (317 páginas), nos parece que su propósito ha sido satisfactoriamente alcanzado.

Aunque resulte enojoso, por la misma proliferación de los titulares, no está mal perseguir un acuerdo terminológico (*Inteligencia, dame el nombre exacto de las cosas*. J. R. Jiménez) para definir el quehacer literario de Mediero y autores similares. Concurren sintagmas tan significativos como *teatro de la transgresión, arte dramático rebelde, teatro marginado y silenciado, teatro revolucionario, teatro de denuncia*, etc. El ensayista ha optado por «teatro de urgencia social». Todos buscan poner de relieve lo más característico de esta dramática: criticar las condiciones sociopolíticas en que el régimen franquista hizo vivir a los españoles. Muerto el principal sostenedor de aquel sistema aberrante, el escritor concienzudo comprende que sus ataques ha de dirigirlos a fuerzas superiores, de carácter internacional y, seguramente, necesita habérselas con la

propia condición humana, más allá de las circunstancias locales o históricas concretas. Es decir, que el egoísmo, la crueldad, la estupidez, los abusos, las actitudes caciquiles se reproducen —no de igual forma, desde luego, ni bajo idénticos ropajes— por cualquier rincón donde el supuesto *homo sapiens* discurre. (No debería olvidarlo Manolo, un espíritu libre donde los haya, pero que tan entusiasta se muestra frente a determinados dirigentes políticos).

Tras establecer las características fundamentales de la obra de Mediero, Gabriele propone una división de la misma, acorde con un desarrollo cronológico, en las siguientes fases:

— Ciclo de protesta y paradojas, donde se incluyen dramas sociales, existenciales, satíricos y grotescos.

— Ciclo para una realidad en crisis, con obras que denuncian los absurdos de la sociedad capitalista contemporánea.

— Ciclo feminista, que aborda con figuras de mujer cuestiones como el sexo, la política o el tratamiento del cuerpo.

— Ciclo histórico-mítico, en el que se discuten los grandes tópicos de la cultura coetánea o se plantea una revisión de determinados papas, emperadores, caudillos, etc.

— Por último, el ciclo posmoderno, en el que tampoco falta la vena rebelde habitual en el autor extremeño.

Cierra el volumen una larga e interesante entrevista entre Mediero y

Gabriele, realizada en Badajoz el 4 de octubre de 1999.

Manuel Pellecín Lancharro

HILARIO JIMÉNEZ GÓMEZ

*Lorca y Alberti, dos poetas en un espejo (1924-1936)*

Diputación de Cáceres/Fundación Rafael Alberti, Cáceres, 2001, 357 páginas.

El estudio de los poetas que pertenecieron a ese momento estelar de la cultura española del siglo XX que se denomina, con todas las salvedades que podamos hacer en torno a este título, generación del 27, es inagotable, y buena prueba de ello es una de las aportaciones más lúcidas aparecidas en los últimos meses, el libro de Hilario Jiménez Gómez, joven profesor extremeño, titulado *Lorca y Alberti, dos poetas en un espejo (1924-1936)*, en el que, como su título indica, se lleva a cabo un exhaustivo proceso indagatorio sobre los dos grandes poetas andaluces del 27: Federico García Lorca y Rafael Alberti. Es admirable la acumulación de documentos de todo tipo que ha coleccionado y conjuntado con sabiduría nuestro autor para establecer con rigor documental y seriedad científica qué hubo realmente de amistad entre los dos poetas, cuáles fueron las etapas de aproximación y cuáles las de inevitable distanciamiento, lógico conociendo la vida y personalidad de cada uno de ellos.

En 1980, muchos años después de los hechos glosados en este libro, durante su estancia en Nueva York,